

REVISTA

DE

ESTUDIOS EXTREMEÑOS

I

Septiembre, 1945

III

El poblamiento del valle medio del Anas en la época romana

El Anas, el Wadi-ana o Guadi-ana de los árabes y de los modernós, si es, por la longitud de su curso, uno de los más grandes ríos de España, figura en un lugar secundario, por la cantidad de agua que arrastra, excepto durante sus grandes avenidas. Esta irregularidad de débito es la que determina el contraste entre la anchura de su curso y la grandiosidad de los puentes que sirven para cruzarlo y la habitual modestia de su caudal. Cuando lo contemplamos desde el pretil del puente famoso de Mérida, o desde el más moderno, pero no menos magnífico, de Badajoz, sentimos vivamente este contraste, que nos habla de la escasez de lluvias en la Meseta de donde procede y en la Extremadura que cruza, de la desforestación de la una y de la otra y de las inmensas zonas apenas útiles a la agricultura y a la ganadería, donde los granitos afloran por todas partes, delatando lo delgado de la capa de tierra vegetal que descansa sobre aquellas rocas.

Estas condiciones han podido agravarse a lo largo de los siglos, pero en la antigüedad eran fundamentalmente idénticas. Ya Estrabón (III, 1, 6) nota que el Tagus es mucho mayor que el Anas (a pesar de que, como sabemos, la cuenca del primero no supera a la del segundo, 77.800 y 60.300 kms²., respectivamente). Verdad es que el mismo autor nos dice

(III, 2, 3) que el Anas es navegable, pero añadiendo que no por un trecho tan largo y por barcos tan grandes como el Betis; y aun esta cita sobre la navegabilidad del Anas tiene un valor muy relativo, pues está faltada de la precisión y de los detalles convincentes que acompañan a la misma mención con referencia al Guadalquivir. De mayor valor y de un sentido totalmente contrario es lo que dice casi a renglón seguido: «*Las regiones donde hay metales son por naturaleza ásperas y estériles... tal es el aspecto de la Baeturia, cuyas secas llanuras bordean el curso del Anas.*» No podría definirse más exactamente en menos palabras el aspecto de la región de Almadén, Puertollano y Ciudad Real, en la cuenca del Anas, tan ricas en minería como pobres en vegetación.

Pero a medida que descendemos de la Meseta, el aspecto de las cosas va cambiando. La Serena ya no es el Campo de Montiel o el Campo de Calatrava, y la tierra de Mérida es mejor que La Serena. Pero Augusto y Agripa, al escoger un lugar para establecer a los veteranos eméritos de las campañas cantábricas, no debieron fijarse en razones puramente agrarias, sino que debieron influir en su determinación otros argumentos, acaso la facilidad de comunicaciones que ofrecía un punto de cruce de antiguos caminos tradicionales, que debía, no sólo facilitar el abastecimiento de lo que ya en su pensamiento estaba destinado a ser una gran colonia, sino que permitía irradiar a mayor extensión la influencia romanizadora, civilizadora, de ésta. Porque, en verdad, las tierras de Mérida no ofrecen las condiciones agrícolas que hemos de encontrar más abajo, en la vega de Badajoz.

En Mérida el terreno se eleva muy pronto a bastantes metros sobre el nivel del río, dificultando todo acondicionamiento para el riego; la llanura no lo es más que en un sentido muy relativo; se trata de una larga serie de ondulaciones pronunciadas que, por poco que se quiebren, determinan sierras esteparias, como aquellas por las que discurre el canal que llevaba a la ciudad las aguas de Carija. Verdaderamente zonas muy extensas se prestan y se dedican a un cultivo cereal, que debe tener sus raíces en la época romana, de manera que Emérita nunca debió ser una de aquellas ciudades para cuyos ediles el problema del abastecimiento de alimentos era con frecuencia angustioso, como acontecía en las grandes urbes del Oriente helenístico. Más que lo que pudiese afluir a los problemáticos muelles del Anas, era su campiña frumentaria lo que aseguraba el mantenimiento de sus ciudadanos.

Pero a éste debía contribuir en larga medida la vega baja del río (baja dentro de su trozo central), es decir, la vega de Badajoz. Aquí la llanura es verdadera llanura, una superficie horizontal rellena de depósitos cua-

ternarios, limitada sólo a gran distancia por las terrezas, en otros lugares tan cercanas; el grosor de la tierra es enorme, nada de rocas que afloren y limiten el crecimiento de las raíces, nada de capas impermeables a poca profundidad, que determinen un rápido escurrimiento de las aguas; al contrario, una tierra jocunda, magnífica, envidiable.

¿Y qué es hoy esta tierra? Dentro del mismo término municipal de Badajoz, extensísimo realmente, del término de la capital de la más grande de las provincias españolas, las dehesas ocupan la mayor superficie. A un catalán el concepto de la dehesa extremeña resulta difícil de comprender y asimilar. Esta vasta superficie de tierra excelente, en la que muy espaciadas crecen encinas y alcornoques, en la que pasta casi libremente el ganado, en la que sólo escasos espacios se dedican a un cultivo cereal extensivo, en la que no se ve sombra de cultivo hortícola, en la que la habitación humana consiste en chozos de ganaderos, de disposición tan primitiva, que a su vista la imaginación se aleja a otras civilizaciones y países enteramente distintos, y en vastos cortijos que se levantan con frecuencia sobre leves altozanos, pero que no son el centro de una verdadera explotación agrícola; todo ello se opone a nuestra concepción de la tierra, a veces áspera y sólo fecunda por el esfuerzo del hombre, aprovechada hasta el mínimo, procurando, dentro de un espacio reducido, un equilibrio económico lo más completo posible: un trozo de viña, un trozo de cereales, un trozo de huerta, un trozo de pastos artificiales (raramente hay espacio para pastos naturales, como no sea en zonas montañosas), formando el conjunto un dominio pequeño, presidido por la masía, más reducida, por término medio, que el cortijo extremeño, pero en la que son más frecuentes que en éste las dos plantas superpuestas, con corrales también poco extensos, ya que hay menos ganado, pero éste está casi siempre estabilizado.

Ahora bien, lo verdaderamente interesante para explicarnos la génesis de lo moderno es saber lo que era esta tierra en la antigüedad. En ningún lugar de la Península los estudios arqueológicos, que son los únicos que nos pueden dar una luz verdaderamente nueva (1), son suficientes para llegar a conclusiones definitivas, pero en algunos puntos se pueden atis-

(1) No se puede decir que el estudio de los textos se encuentre apurado; pero como difícilmente aparecerán nuevos textos, como no sean epigráficos, por lo general poco expresivos, tampoco hay que esperar sorpresas mayores de la revisión de aquéllos. De todas maneras, el aspecto del estudio textual que ha sido menos considerado, es el referente a las condiciones económicas de vida, prefiriéndose en general comentar las noticias históricas y toponímicas contenidas en los mismos. Igual pasa en el comentario de los textos epigráficos.

bar resultados que nos parecen que han de hallar confirmación en las investigaciones metódicas posteriores; pero Extremadura, concretamente la vega del Anas, a la que ceñimos nuestro comentario, no es uno de estos lugares, y en cambio nos parece ser uno de aquellos que mayores posibilidades ofrecen a los estudiosos.

Por fortuna, existe en Badajoz un grupo de éstos perfectamente capacitado para emprender esta investigación. Fué bajo su guía generosa que, con motivo de hallarnos en Mérida por encargo de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, pudimos realizar un par de excursiones científicas, en las que, naturalmente, nada descubrimos que no fuese conocido por nuestros acompañantes, ya que fueron ellos quienes trazaron inteligentemente los itinerarios a seguir; pero no podemos resistir a la tentación de exponer lo que nos sugirieron nuestras visitas, en relación con la idea que cabe formarse sobre lo que era la vega del Anas en la antigüedad, queremos decir en la antigüedad romana, porque tan acusadamente como en el lugar en que más, hay que distinguir aquí netamente entre antes y después de la romanización; en el caso de Extremadura, entre antes y después de la fundación de Emérita, pues, con toda probabilidad, la totalidad de los restos romanos que conocemos en la región son posteriores a este hecho capital.

Primeramente, de nuestras excursiones por la campiña de Mérida y de lo que han dicho nuestros ilustres predecesores en los estudios sobre la insigne ciudad, hemos sacado la impresión, que todavía no nos atreveríamos a afirmar categóricamente esté conforme con la realidad, de un poblamiento poco denso de esta campiña. Esta impresión se funda en dos hechos bien diferentes, y es de su convergencia que ha surgido en nuestra mente. Por un lado, la escasa densidad de ruinas romanas que en simples paseos se descubren en aquella campiña, tan pronto nos alejamos del núcleo urbano de la antigua capital lusitana, exceptuando aquellos, como los restos de acueductos y calzadas, que tienen una relación directa con la vida de la ciudad. Es lo mismo que pasa, proporciones guardadas, en la campaña romana, y con un ejemplo moderno, también de otras proporciones, lo que pasaría a un explorador del extrarradio madrileño, que lo recorriese, si un día la capital de España viniese a desaparecer, que quedaría sorprendido de la escasez de restos que descubriría, apenas se alejase de los de la enorme ciudad. Por otro lado, no se aprecia cómo la población de esta campiña podía ser entonces sensiblemente superior a la actual, ya que no se percibe a base de qué elementos de vida podía sostenerse una densidad mucho más grande. Se trata de campos necesariamente de secano (circunstancia que sólo las obras hidráulicas modernas

pueden acaso un día modificar) (1), dedicados en su mayor parte al cultivo cereal (y algo al de leguminosas), que es el que, dentro de las condiciones agrarias de aquel terreno, permite un mayor rendimiento y, por lo tanto, una mayor densidad de población (muy por encima de los pastos, pero muy por debajo de un imposible aprovechamiento hortícola extenso).

Es el caso opuesto que nos ofrece otra ciudad hispanorromana de una importancia semejante: Tarragona. Allí la campiña inmediata ofrece elementos para creer estaba más densamente poblada; los dos factores que nos han inducido a pensar que en Mérida no pasaba lo mismo, hablan en Tarragona en un sentido contrario: hay una densidad de ruinas bien superior (a pesar del factor adverso que para su conservación supone la también muy superior densidad moderna de construcciones y habitantes); el campo ofrecía y ofrece elementos de vida para sostener muchas más gentes dentro de la misma superficie. Y, como decimos, a través de los siglos, este factor ha perdurado, pues prescindiendo de la población que haya podido fijar la industria, atribuyendo a ésta, por ejemplo, el núcleo urbano de Reus (a pesar de ser más comercial y agrícola que no industrial), tenemos en el campo de Tarragona todavía una densidad de población incomparablemente superior.

Pero las excursiones a que nos hemos referido en la vega de Badajoz no nos hablaron en el mismo lenguaje que en la campiña de Mérida. Lo hicieron en un lenguaje enigmático que quisiéramos interpretar. Queremos prescindir intencionadamente de la capital. Para nuestro objeto no nos importa si en su solar estuvo o no emplazada *Pax Augusta*, como no dejan de creer respetables eruditos; bástanos saber que en su colina, admirablemente situada en medio de la llanura, en la inmediata proximidad del río, dominando aquélla y éste en una considerable extensión, lugar adecuadísimo en todos los tiempos para un establecimiento humano, han aparecido y aparecen restos romanos en gran cantidad (2). El que éstos no sean monumentales no tiene nada de particular, por dos razones:

(1) Los acueductos, de los que con tanta profusión se encuentran restos en la orilla emeritense del Anas, parece seguro (no es éste el lugar de fundamentar esta creencia) tenían por único objeto surtir de agua a la ciudad, y en ningún caso el regadío. No decimos lo mismo de un pequeño pantano existente en la parte baja de la sierra de Carija.

(2) Basta un sencillo paseo por las laderas de la colina de Badajoz, donde el esfuerzo de su Municipio, asistido por el cariño de algunos ciudadanos, ha sabido crear una zona de arbolado admirable, para convencerse de la abundancia de restos romanos que afloran por doquier, en tanta cantidad, que no cabe adscribirlos a simples villas campestres, sino que es fuerza atribuirlos a una entidad mucho mayor, a una ciudad.

la una, porque a donde no llegaba directamente la munificencia de la administración imperial, los grandes monumentos de sillería, a los que nos complacemos erróneamente a circunscribir lo romano, en verdad no abundaban; la otra, que estos monumentos, que es claro que en ningún caso serían comparables a los de Emérita, capital de toda una provincia, pueden haber sido destruidos y absorbidos, por decirlo así, en especial por las murallas formidables con que la Edad Moderna gratificó a la ciudad, siguiendo una práctica secular, que los romanos mismos, en la Hispania y fuera de ella, no habían vacilado en usar abundantemente, utilizando como cantera para sus construcciones castrenses los monumentos de su propia civilización (1). El volumen inconmensurable de estas murallas, sólo en una mínima parte derribadas, pudo absorberlo todo. Pero, como hemos dicho, para el caso lo menos importante es que este núcleo se decorase o no con el título pomposo de Pax Augusta; lo interesante y seguro es su existencia (lo que ya interesaría más, bien que sólo secundariamente para el caso concreto de estas notas, sería conocer la extensión de este núcleo).

Pero fuera de la ciudad, nuestros amigos los investigadores badajoceños han descubierto un número tan importante de restos romanos, cada uno de ellos considerable, que ante su densidad y volumen se impone una madura reflexión sobre lo que debía ser esta campiña en los tiempos en que Emérita florecía como capital de la Lusitania y una de las más famosas ciudades del mundo romano de Occidente.

No podemos hacer la enumeración de todos estos lugares; nos limitaremos a consignar algunas observaciones sobre cuatro de las estaciones arqueológicas que pudimos visitar en aquella ilustrada compañía, aunque incurramos en alguna repetición respecto a lo que de alguna de ellas ha sido dicho en otros lugares.

El Albercón.—Empecemos por la más próxima a Badajoz, suficientemente alejada, empero, para que hubiese de quedar fuera del perímetro urbano, dadas las modestas dimensiones que cabe suponer tenía Pax Augusta. Junto al brazo abandonado del Guadiana llamado el Jamaco, se eleva, en medio de fértiles campos, una construcción cuadrangular que mide 32 por 32 metros y abarca, por lo tanto, un millar de metros cua-

(1) En Hispania el recinto mejor estudiado, en este concepto, es el de las murallas de Barcelona del siglo III de la Era. Véase especialmente DURÁN Y SANT-PERE, AGUSTÍN: *Vestigios de la Barcelona romana en la Plaza del Rey, Ampurias*, volumen V, 1943, págs. 53-77; también ALMAGRO-SERRA RÁFOLS-COLOMINAS: *Carta Arqueológica de España, provincia de Barcelona*, epígrafe dedicado a Barcelona ciudad.

drados de superficie. La altura actual del muro que lo delimita y cierra totalmente, es tan sólo de 1'30 metros, pero pudo ser más alto, dada su robustez. Se le conoce con el nombre de El Albercón, y es en realidad y sin ninguna duda un vasto depósito de agua. Tampoco cabe duda de que su fábrica es romana; basta examinar su revestimiento impermeabilizante, tan típico de las obras hidráulicas de los romanos. Sobre su utilización puede haber más opiniones. Don Benigno Pradilla Díez, que fué quien nos lo mostró y cuya sagacidad de observación es indudable, se inclina a favor de tratarse de la inmensa piscina de unos baños. Opone, y en ello no se puede negar le asiste la razón, a creer sea un simple depósito de aguas de utilización doméstica y agrícola, su lujoso revestimiento en excelente estuco rojo. En cambio, a que sea parte de unos baños se pueden objetar muchas cosas. En todas las termas que conocemos, por examen directo o por estudios ajenos, excepto, como es natural, aquellas que utilizan aguas termales, siempre aparecen hipocaustos y toda la vasta complicación que supone este sistema de calefacción, necesario, dado la manera como los romanos entendían el baño. Si se tratase de la piscina del frigidarium, de dimensiones excesivas, no se descubre rastro de gradas para descender a ella; tampoco de los pórticos que la habrían rodeado; al contrario, de que era una construcción exenta y sobreelevada, tenemos la prueba en los contrafuertes que exteriormente afianzan sus muros. De tanto o mayor interés que este depósito, son los muros de contención del cauce del Jamaco y los curiosísimos pozos de noria, cuyos restos aparecen a lo largo de aquel cauce, algunos de los cuales resulta evidente tenían por función llenar aquél (1). Sin excavación ni estudio más detenido, se puede ya afirmar que este trozo de vega estaba muy bien regado y acondicionado para una producción agrícola intensiva (2).

Las Tomas.—Este lugar se encuentra junto a la carretera general de la frontera portuguesa a Madrid, a la derecha de la misma, viniendo de Badajoz, a dos kilómetros de esta ciudad, cerca del borde del km. 403. La tierra forma un plano de suave inclinación, por el fondo del cual discurre la carretera. A una distancia de unos 200 metros, el valle determinado por dos lomas está cortado por medio de un dique que formaba un pequeño

(1) Estos pozos de noria, lo bastante bien conservados para que se pueda hacer de ellos un estudio completo, creemos ofrecen un interés notabilísimo. El tipo de su fábrica nos parece aleja toda sospecha de que sean árabes, sin que ello quiera decir que no pudiesen ser utilizados hasta mucho más tarde.

(2) Fueron nuestros cicerones en esta visita el venerable erudito D. Benigno Pradilla Díez y el Comisario provincial de Excavaciones Arqueológicas, D. Jesús Cánovas Pesini.

pantano. No hay duda de que la partida rural ha tomado nombre de esta obra hidráulica romana y sus anejos.

En efecto, la cuenca natural de alimentación del pantano es muy reducida, por lo que en diversos lugares de las lomas y pequeños valles próximos existen otros muros, que no eran de contención de aguas para formar otros pantanos, sino de desviación de las mismas hacia el principal; es lo que el Sr. Pradilla tan acertadamente nombra «muros de desviación o acercamiento de aguas», ya que su función era ésta precisamente. Aunque la cuenca de esta manera formada no ha sido objeto de estudio detenido (para lo que sería preciso levantar un plano detallado y a gran escala de toda la zona, cosa que no dejamos de recomendar), se puede suponer que se llevaron los trabajos, con la perfecta técnica y conocimiento que los romanos tenían de la hidrología, hasta encontrar una ponderación entre la capacidad del vaso del pantano y la extensión de la cuenca aductora, habida cuenta del promedio anual de precipitaciones en la región. Es, en pequeña escala, lo mismo que encontramos en el gran pantano de Carija o Proserpina, cerca de Mérida, cuya reducida cuenca natural se aumenta empleando un sistema semejante de muros de desviación de aguas.

En «Las Tomas» el dique del pantano se conserva relativamente bien. Mide unos 95 metros de longitud; está construido con técnica de encofrado, con hormigón, en el cual los elementos pétreos son cantos rodados traídos probablemente del cauce del Guadiana. No tiene, ni parece ha tenido nunca, revestimiento de sillería. Su grosor en la parte alta es de un metro aproximadamente, que aumenta hacia la base por una serie de escalones, que se encuentran en la parte interior, como son también interiores unos contrafuertes situados cada cuatro metros. Por la parte externa se acumula al pie de la obra una masa de tierra, que puede haber disminuído de volumen desde la antigüedad. Por fuera el muro tiene actualmente menos de dos metros de altura y por dentro unos tres metros. También interiormente, y no en el centro, sino más al E., se encuentra la torre de aguas, construcción cuadrangular de unos cuatro metros de lado, también de hormigón, y en la que las señales del encofrado son muy visibles. En su interior nos dijeron había una alcantarilla de desagüe hecha de sillería. El vaso del pantano puede creerse está en gran parte rellenado por fangos. En los muros de desviación de aguas citados hay asimismo numerosos contrafuertes.

La primera vez que estas construcciones llamaron la atención de los estudiosos fué hacia 1930, a causa del descubrimiento de los restos de

una villa junto al dique descrito (1). Desde aquella fecha se han producido destrozos notables en esta obra. La parte de la finca correspondiente al fondo del pantano que limita con el dique, ha sido segregada del conjunto y vendida; su nuevo poseedor la ha convertido en huerta, lo que no ocasionaría daño alguno si se hubiese limitado a poner en cultivo esta porción; pero además ha convertido la casa de aguas en vivienda; para proporcionarse piedra con destino a construcciones anejas, ha destruido gran número de los contrafuertes del dique y piensa arrasar los restantes; el dique mismo no es probable lo destruya, por constituir el límite de su finca y por representar un estorbo menor que la faena de quitarlo.

Pero lo peor fué que hacia la fecha indicada se descubrieron hacia el NE. del muro del pantano, tocando al mismo y ocupando una superficie aplanada allí existente, restos de una construcción importante, con paredes y pavimentos de mosaicos geométricos de colores. En aquella ocasión fué cubierto de nuevo lo que un momento se puso a la luz del día, y así debió seguir, sin grandes deterioros, hasta la venta indicada. Entonces la parte recayente a la nueva finca ha sufrido grandes daños y en realidad nos parece puede darse por destruída. Los pavimentos están casi a flor de tierra y ésta está cultivada, por lo que, aunque las labores no alcancen acaso gran profundidad, aquellos mosaicos han de sufrir una progresiva destrucción, que creemos es ya ahora total. Más allá hay un muro perpendicular al dique, las tierras son cosa de un metro más elevadas y parece que la villa romana se extiende en esta dirección. El terreno también está cultivado, pero si los restos antiguos quedan más hondos pueden haberse conservado. Parece que en los cortijos próximos, al otro lado de la carretera, se observan en paredes y suelos piedras y restos evidentemente romanos, pero no aseguraríamos procedan de aquí, ya que pueden venir de otras villas.

En total tenemos una villa, por los indicios grande y suntuosa, cuyo propietario, para atender a sus propias necesidades y en especial a las del cultivo, realizó una ingente obra hidráulica, que debía permitirle el riego de varias hectáreas de terreno (hoy día de secano), que son las que quedan entre el pantano y la carretera (que no debe distar mucho de por donde iba la vía romana), superficie, por lo tanto, destinada a un cultivo

(1) En aquella ocasión se publicaron estos datos en la prensa local, noticia que no hemos tenido ocasión de consultar, lo que nos priva de dar la cita completa de esta referencia, tal como habría sido nuestro deseo. Hemos de hacer constar que don Benigno Pradilla ha puesto generosamente a nuestra disposición diversas notas suyas sobre «El Albercón» y «Las Tomas». Una vez más hemos de manifestar nuestro cordial agradecimiento a tan desacostumbrado proceder.

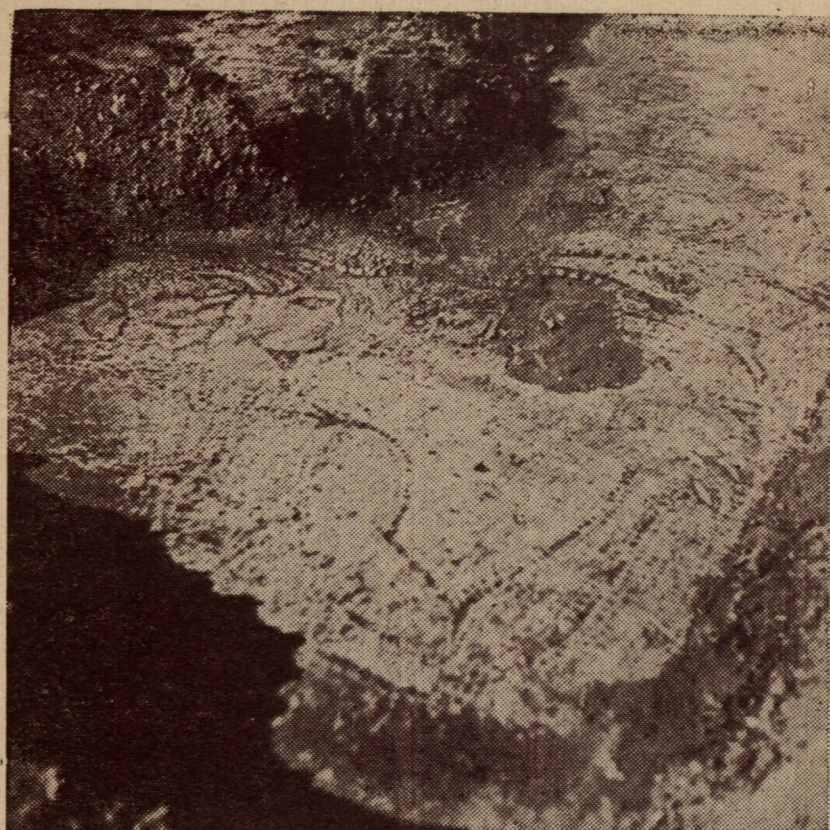
intensivo. El actual hortelano, si no aprovecha la obra antigua en la forma lógica en que fué concebida, se beneficia todavía de ella indirectamente; los barro del fondo del vaso forman una tierra jugosa ideal, a la que afluye la humedad de las zonas más altas (antigua cuenca del mismo), en tanto que el dique (bien que agrietado) sirve para retener en ellas más tiempo la humedad; en otra forma es probable que allí no fuese posible el cultivo hortícola (1).

Villa romana en la dehesa del Cortijo de la Cocosa. — Se encuentra en el término municipal de Badajoz, en el kilómetro 16 de la carretera de aquella ciudad a Valverde de Leganés. El cortijo, propiedad de don Luis Mendoza (2), queda a unos centenares de metros a la derecha de la carretera. De él a los restos de la villa romana media una distancia de unos dos kilómetros por terreno llano, parte dedicado a pastos y parte a tierra de labranza. El llamado regato de Hinojales queda a poca distancia de las ruinas. Si es que se puede hablar de ruinas, ya que nada delata los restos antiguos, como no sean los fragmentos de cacharros y, sobre todo, de tégula y ladrillo (juntamente con una coloración más blanquecina de la tierra), que aparecen en los surcos abiertos por el arado, ya que aquéllos están en un campo dedicado al cultivo de cereales desde hace largos años.

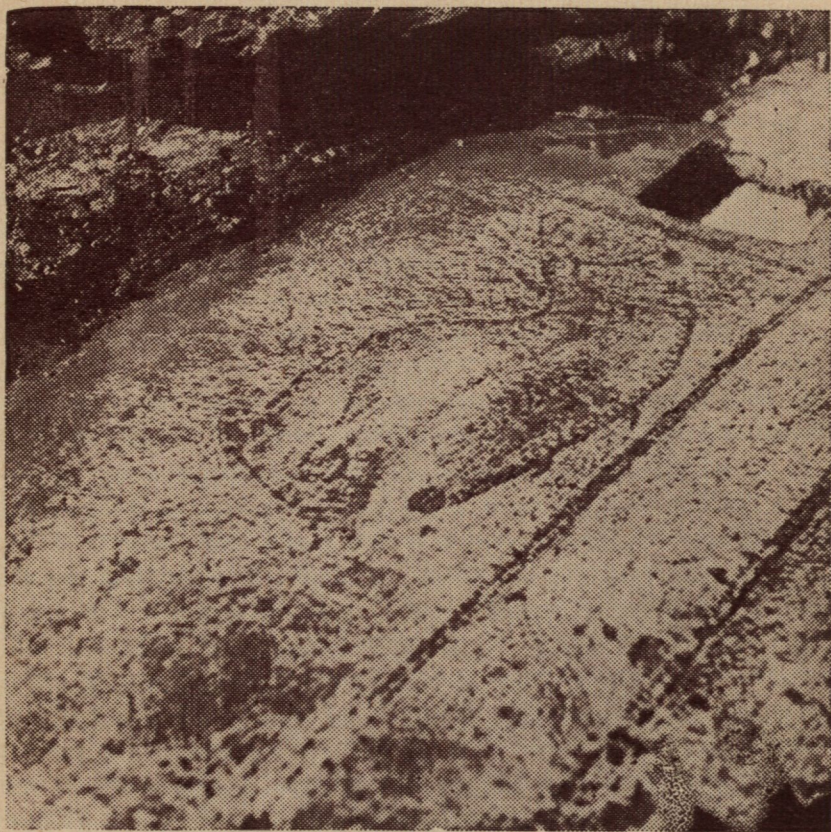
El descubrimiento fué, como acontece con casi todos los de este género, casual. Desde tiempo se encontraban bastantes piedras por aquellos campos, material totalmente exótico en ellos, y que eran recogidas por los labradores para limpiar la tierra y para aprovecharlas en otras construcciones, ya que los materiales de esta clase escasean en aquellas dehesas. Incluso con esta finalidad se había ahondado y arrancado restos de paredes que quedaban por debajo de la tierra arable. Hay que observar que las labores que en ella se efectúan no profundizan mucho, unos 30 centímetros, por lo común. Fué el hallazgo de un piso de mosaico, junto a una de estas paredes, que sirvió para dar la voz de alerta sobre el interés de lo que ocultaba allí la tierra. Comunicado a D. Luis Mendoza el descubrimiento, éste lo puso en seguida en conocimiento de los arqueólogos de Badajoz, que visitaron el lugar y testificaron de su importancia.

(1) Efectuamos la visita a «Las Tomas» guiados por D. Jesús Cánovas Pesini y en la compañía del Comisario local de Excavaciones Arqueológicas de Mérida, don Manuel García Gil.

(2) Hemos de agradecer a D. Luis Mendoza, noble ejemplo de caballero campesino, amante a la vez de la cultura y de la tierra, las facilidades y la franca hospitalidad con que nos brindó durante nuestra visita. Fueron este día nuestros compañeros don Esteban Rodríguez y D. Jesús Cánovas.



Vista parcial del mosaico del cortijo de La Ceresa. En primer término, parte de la figura humana, de grandes proporciones, tocando una flauta. Más allá se ven las extremidades de otra figura humana.



Detalle del mosaico del cortijo de La Cocosá. Peces y en la parte superior derecha el sumidero con revestimiento de mármol.

Lo descubierto (y vuelto luego con prudencia y acierto a cubrir) es un trozo del suelo de una habitación pavimentada de mosaico, formado de *tessellas* de mediano tamaño (cosa de un centímetro cuadrado), de colores y con figuras. Hay en primer lugar una cenefa en blanco y negro, con un motivo de imbricaciones o escamas, en el que alternan las blancas con otras mitad negras y mitad blancas, determinando las llamadas olas, motivo muy frecuente en nuestra musivaria, bien que lo general es que el blanco y negro aparezca en todas las imbricaciones y no sólo en filas alternas; sigue otro motivo geométrico de ondulaciones grandes, ya que entre las cumbres de dos ondas consecutivas median 60 centímetros, mientras que su altura es de 40; en ellas el blanco alterna con el azul oscuro. Toda la cenefa tiene una anchura de 1'30 metros. La habitación mide 6 por 7 metros. El motivo central, sólo parcialmente descubierto, es muy variado y en él se emplean tessellas en blanco (constituyendo el fondo), negros de diversos tonos que llegan al azul, amarillos de varias tonalidades, que van desde el amarillo claro hasta el rojizo; las tessellas son de mármol, pizarra y también de barro cocido. Lo que se ve es, en un ángulo, dos grandes peces, uno de ellos un delfín, que mide de longitud 1'60 metros; más hacia el centro, la parte inferior de una figura, que podría ser lo mismo un tritón que cualquier otro monstruo marino, y debajo de ella otro pez; después, la parte inferior de una figura humana; por fin, orientada perpendicularmente a las figuras anteriores, la parte superior de una figura humana de gran tamaño, que toca una flauta simple; para dar idea de sus proporciones, diremos que la cabeza tiene 45 centímetros de altura y la longitud de la flauta es de 95 centímetros; no nos admiraría que la parte inferior de esta figura fuese de monstruo marino. El dibujo, sin ser minucioso, como en los pequeños emblemas musivos, es de gran corrección. De momento, por los temas apuntados, se piensa en un *impluvium*; refuerza esta creencia la existencia de un pocete o sumidero en el extremo Norte, que tenía 50 centímetros de lado y estaba revestido de mármol; de todos modos, no pudimos apreciar que el mosaico tuviese pendiente hacia aquel punto, lo que, empero, es posible, si ésta no era muy pronunciada. La conservación era bastante buena, en la parte vista, sin que faltasen fallos considerables; parece extraordinario no haya sido enteramente destruido, dada la poca profundidad a que se encuentra, no más de 30 centímetros, y en terreno que cada año es labrado, por fortuna para sembrar en él plantas de poca raíz. Exploramos los muros que lo rodean, que casi no existen, ya que las piedras han sido arrancadas en las labores o intencionalmente; el espacio que ocupaban es de unos 50 centímetros, el grosor casi uniforme de los

muros de las construcciones privadas romanas; al otro lado del de la parte oriental no descubrimos más que tierra; a occidente, un *pavimentum testaceum* con media caña en las aristas (1).

Sin excavar más, se puede ya afirmar que existió allí una villa suntuosa, aunque nada podamos decir de su extensión y disposición. A unos 200 o 300 metros antes de llegar a ella (viniendo del cortijo de La Cocosa), en el mismo terreno de labranza, hay un espacio en el que se descubren los mismos barroes que delatan la villa anterior. Don Luis Mendoza nos mostró, como procedentes de este punto, unos fragmentos de mosaico, descubiertos ya arrancados, en los que había tessellas de vidrio azul y una que aparentaba dorada, acaso por la exfoliación del material. Es probable hubiese allí otra casa relacionada con la anterior, pero sin formar parte de ella, pues la distancia entre ambas es demasiado grande. Ahora, como hemos dicho, el núcleo habitado más próximo queda a unos dos kilómetros de estas villas.

Villa romana en la dehesa de Torre Baja.—Aunque para ir a ella, si se utiliza el ferrocarril, hay que descender en la estación de Talavera la Real, pueblo situado al Sur del Guadiana, la dehesa queda al Norte del río; desde la estación (también al Norte del río) todo el terreno es una vasta y llana soledad, animada únicamente por los rebaños, especialmente de ganado vacuno, que pastan libremente por aquellas extensas dehesas de ricos hierbales. El camino, que cruza la ribera de la Alcazaba, en un trozo se confunde con una antigua calzada romana. Hay que observar que el vado sobre este regato está formado por gruesos sillares de granito, que han de haber sido traídos de muy lejos o, mejor, corresponden a alguna desconocida construcción romana de las cercanías.

Sobre una leve eminencia, formada por suavísima pendiente, se alza un chozo de pastores (2), que en el paisaje de líneas horizontales adquiere desmesuradas proporciones. Está edificado encima mismo de las ruinas de una villa romana y para alzar la parte de mampostería que el mismo

(1) La poca abundancia de la piedra y aun de ladrillos en estas ruinas de la vega del Anas, se explica por el uso constante del tapial, que sigue empleándose hoy día con preferencia a todo otro material.

(2) Este chozo es de construcción mucho más perfecta que la casi totalidad de aquellos en que viven los guardadores de ganado; podríamos decir es un chozo de lujo. De planta circular, como todos, su pared es de mampostería; su interior, de unos seis metros de diámetro, tiene un poyo corrido a todo lo largo del muro, también de mampuesto; un ventanillo al fondo establece con la puerta una corriente, que permite una rápida aireación; la techumbre cónica, sin dejar de ser de ramaje y paja, es también de muy perfecta factura.

contiene, no dejaron de aprovecharse materiales arrancados de las viejas paredes. Ahora éstas quedan tan a ras de tierra, que casi en ningún punto sobresale de ella. La abundancia de hierba y la falta de labranza, por fortuna el terreno está dedicado a pasto desde un tiempo inmemorial, hace que incluso los cacharos y los fragmentos de tégula y ladrillo abundan poco en la superficie. Los habitantes del chozo nos dijeron que en verano, cuando la yerba se seca (nuestra visita tuvo lugar en Noviembre), se dibujaban más limpiamente las paredes, que ahora sólo en algún punto se adivinan por la menor altura de aquélla. Nos manifestaron que el área con muros es muy extensa, ocupando toda la planicie de ésta leve altzano; acaso pueda ocupar una superficie de cerca de media hectárea; aunque fuese menor, no hay duda está allí enterrada una villa extensa. Algunas de las paredes dijéronnos dibujaban líneas circulares, acaso de habitaciones rematadas por exedras; en un punto parece hay un pozo; en otro afloran pavimentos testáceos. Finalmente han sido descubiertos pavimentos de mosaico, con decoraciones geométricas de colores. Al parecer hay varios; quedan a una profundidad de 30 a 40 centímetros y su estado de conservación es bueno. Nosotros no descolgamos más que un reducido espacio de uno de ellos, que apareció en fuerte pendiente, como si estuviese asentado en tierra poco firme y hubiese cedido a una presión exterior. Esta observación, en un punto insignificante, no presupone nada en cuanto al estado de conservación del conjunto. Al contrario, es ésta, entre las estaciones que hemos enumerado, aquella que aparenta poder estar más completa. No está en tierra de cultivo; únicamente el chozo ha podido aprovecharse de sus ruinas; para excavarlo hay todas las condiciones exigibles de cómoda evacuación de las tierras (el más difícil de los problemas prácticos que plantea la excavación); no parece que, como en «Las Tomas», una parte haya sido totalmente arrasada. En cambio, no hay ningún indicio de las actividades a que podían entregarse los habitantes de la villa (1). El cortijo más cercano, es el de la dehesa, el cual queda a una distancia de dos kilómetros, aproximadamente.

(1) Está enclavada en propiedad de D. Leopoldo Castillo, al que debemos agradecer las facilidades prestadas para nuestra vista, hecha conjuntamente con don Benigno Pradilla y D. Jesús Cánovas.

DEDUCCIONES EN CUANTO AL POBLAMIENTO DE LA VEGA Y ORIENTACIÓN DE SU ESTUDIO

Hemos observado al principio de estas líneas que la economía predominante en la vega de Badajoz era la ganadera. El importante mercado consumidor representado por la capital estimula la producción hortícola en su proximidad. La excelencia del clima y de la tierra, tan adecuados a los cereales, determina el cultivo de éstos en zonas relativamente extensas. Pero ni esto, ni la presencia de vides y olivos, impide que vastas dehesas, bien adecuadas para un cultivo intensivo, se dediquen casi exclusivamente a pastos. Esta es la causa de la poca densidad de la población en una tierra capaz de sustentar a muchísimos más habitantes que aquellos que contiene actualmente. No hay que buscar, como en otras partes, la causa de la despoblación en la baja natalidad, pues las estadísticas nos demuestran que este problema gravísimo, que en Cataluña tenemos planteado con caracteres agudos, acaso más en el campo que en las ciudades, en Extremadura, por fortuna, no existe.

¿En la época romana la economía agraria se planteaba en los mismos términos? ¿Eran las villas que hemos enumerado, como tantos cortijos actuales, simples casas residenciales en las dehesas, o, al contrario, eran cabeza de verdaderas explotaciones agrícolas? ¿Era, por lo tanto, la población del campo, en la vega de Badajoz, más densa que lo es hoy día, o estaba igualmente rarificada y el excedente encontraba su válvula de escape en el establecimiento en las ciudades próximas o en la emigración a más lejanas tierras?

Los datos que poseemos son excesivamente escasos para poder responder fundamentadamente a estas preguntas. No podemos preciarnos de conocer la densidad de villas en la comarca, ni tampoco de tener elementos para juzgar lo que eran estas villas. Hay, con todo, algunos indicios. Varias de ellas se elevaban en terrenos hoy día enteramente despoblados; otras estaban dotadas de instalaciones para convertir en regadío tierras que actualmente son de secano. La coincidencia de estos indicios induciría a pensar en un mayor poblamiento que el actual.

La labor a hacer está en situar sobre la carta todos los restos de poblamiento romano que se conozcan y se vayan descubriendo. Algunos otros más humildes nos fueron mostrados, de los que, en mérito a la brevedad, hemos prescindido, pero que indiciariamente tienen igual interés que los citados. De cada estación hay que redactar la papeleta correspondiente, en la que se anoten todos los datos arqueológicos y también geográficos

del lugar. Al mencionar éstos no nos referimos a los de situación, que en la anotación en la carta quedan mejor consignados que en forma alguna, sino a los que se refieren a destino actual de la tierra, lugares de poblamiento más próximos, topografía del sitio, y todos los que sirvan a situar el hallazgo en su ambiente geográfico.

Junto a esta labor está la de excavación. Sería de desear, más que nada, la excavación científica, minuciosa, exhaustiva, de una estación, aquella que pareciese más completa. No limitarse a la búsqueda de unos mosaicos o unas piezas de museo, artísticamente muy interesantes, pero a base de los cuales nunca llegaremos a saber lo que era nuestra región en la época romana, ni de que y de qué manera vivían nuestros lejanos progenitores.

A veces, en este concepto, nos puede proporcionar más datos una estación humilde que otra más rica (1). Pero, sobre todo, hay que llevar la excavación hasta el extremo de lo posible, sin limitarse a la vivienda señorial que forma con frecuencia el centro del *fundus* romano. El descubrimiento de lagares, silos, establos, dependencias para los esclavos, etcétera, pueden orientarnos de una manera decisiva sobre la naturaleza de la villa. Como complemento, se debería hacer un estudio de algunos cortijos actuales dedicados a actividades diversas. En lo agrícola las formas de habitación perduran largamente, ya que las necesidades son permanentes.

Esta es la gran labor que tienen ante sí la Institución de Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Badajoz y la Comisaría Provincial de Excavaciones Arqueológicas, asistida por la Comisaría General, pensando además que en España ni una sola villa romana ha sido, hasta ahora, total y científicamente excavada.

JOSÉ DE C. SERRA RÁFOLS

(1) Véase como modelo de estudio de una insignificante estación, sin el menor elemento de suntuosidad, pero que ha proporcionado a la historia económica más elementos que muchas aparatosas excavaciones mal orientadas, el de una humildísima granja galorromana del Rhin, por FRANZ OELMANN: *Ein gallorömischer Bauernhof bei Mayen*, en *Bonner Jahrbücher*, 1928, págs. 51-140, con 62 figs. y XIII láminas, con su complemento en la misma revista y año de HERMANN MYLIUS: *Zu den Rekonstruktionen des Hauptgebäudes im Gallorömischen Bauernhof bei Mayen*, páginas 141-152. Más asequible el resumen de ALBERT GRENIER: *Manuel d'Archéologie gallo-romaine*, segunda parte, vol. II, *Occupation du sol*, págs. 784-795. París, Picard, 1934, donde se reproduce lo esencial de los trabajos de Oelmann y Mylius, con 9 figuras sacadas, previa simplificación, de los mismos,



Felipe V,
por L. M. Van Loo. Palacio de Oriente, Madrid.